

De la autora de *Mil luciérnagas en el jardín*

MAR VAQUERIZO

ENCONTRARTE



ÍNDICE

- PORTADA
- SINOPSIS
- PORTADILLA
- DEDICATORIA
- CITA
- PRÓLOGO
- CAPÍTULO 1
- CAPÍTULO 2
- CAPÍTULO 3
- CAPÍTULO 4
- CAPÍTULO 5
- CAPÍTULO 6
- CAPÍTULO 7
- CAPÍTULO 8
- CAPÍTULO 9
- CAPÍTULO 10
- CAPÍTULO 11
- CAPÍTULO 12
- CAPÍTULO 13
- CAPÍTULO 14
- CAPÍTULO 15
- CAPÍTULO 16
- CAPÍTULO 17
- CAPÍTULO 18

EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
BIOGRAFÍA
REFERENCIAS A LAS CANCIONES
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Hacía mucho tiempo que Diana no era feliz, pero soportaba lo que ninguna mujer debería por garantizar su seguridad y la de su hijo. Sin embargo, cuando ve que sus vidas corren peligro, toma una importante decisión.

Con una nueva identidad, ambos huyen de Madrid para refugiarse en un hotel rural de Cid, un pueblo tranquilo y alejado de la ciudad. ¿Conseguirá encontrar la oportunidad para ser feliz y volver a creer de nuevo en el amor?

Sólo lo descubrirás si lees *Encontrarte*.

ENCONTRARTE

Mar Vaquerizo

*A mi abuela Guadalupe.
Su esencia está tan presente en las gentes del pueblo don-
de se desarrolla esta historia,
en sus tradiciones y su san Antonio, que no podía dedicár-
sela a otra persona.*

*A todos los que han sufrido y/o sufren algún tipo de maltra-
to.*

*Ojalá la sociedad cambie lo suficiente como para que no
tengamos
que contemplar en las noticias ni un caso más.*

Ponte guapa para ti,
sonríe para ti,
haz planes para ti,
sé feliz para ti...
y si él quiere compartirlo contigo,
bien,
y, si no, más para ti.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

PRÓLOGO

Diana había guardado minuciosamente toda su documentación y la del pequeño Quique en la lata de juguetes que el niño llevaba siempre en su mochila de Spiderman. Era la forma más segura de tenerlo preparado con discreción para el momento de la huida.

Las maletas estaban hechas. Poco a poco había ido guardando ropa, calzado, objetos de aseo y personales, cuando Miguel estaba trabajando o de cervezas con los amigos o con la mujer que tocara esa noche.

Las sacó del armario mientras el crío la observaba.

—¿Has cogido a Rubble? —le preguntó a su hijo, refiriéndose a su muñeco favorito de los dibujos de «Patrulla canina». Si lo perdían, éste no sería capaz de dormir tranquilo.

—Sí, mamá —contestó con voz asustada.

Diana sabía que tenía mucho miedo; ella también, pero era su única oportunidad.

Se arrodilló frente a él para ponerse a su altura. Le sonrió para transmitirle tranquilidad.

—Todo va a salir genial. Vamos a ir a un sitio precioso, donde vas a conocer a un montón de niños con los que podrás jugar todo el verano, ¿vale?

—¿Lo prometes, mamá? —replicó con los ojos llorosos.

—Lo prometo, mi vida —juró acariciando el moratón de su rostro, que ya estaba empezando a ponerse verdoso. Él la imitó, retirando sus gafas de sol para tocar el cardenal de su ojo, que tapaba muy cuidadosamente con maquillaje.

Hacía dos días de la última agresión y, por defenderla, el chiquillo también recibió un golpe. Por suerte no había sido fuerte y las consecuencias no eran graves, pero fue lo que precipitó la escapada. No podía esperar ni un día más.

—¿Recuerdas lo planeado? No te muevas de aquí mientras mamá baja el equipaje. No abras la puerta a nadie. Enseguida vengo a buscarte.

El niño asintió con dos golpes de cabeza con seguridad. Lo habían hablado muchas veces en los últimos días y había guardado el secreto como si de un tesoro se tratara.

Quería mucho a su padre... hasta que empezó a pegar a su mamá. Cuando lo agredió a él, el minúsculo vínculo que quedaba entre ellos se rompió... Ahora lo temía y no quería estar cerca de él.

La mujer bajó rápido los bultos, con cautela, para no encontrarse con nadie. Era por la mañana, y hacía dos horas que Miguel se había marchado al trabajo, igual que la mayoría de sus vecinos. Además, esa vez tenía una intervención fuera de la capital, era policía e iba a estar ausente como mínimo tres días. Eso les daba una gran ventaja, sobre todo porque él nunca llamaba a casa, decía que para no perder la concentración... A Diana le costó habituarse al principio, tenía miedo por él, por su relación, pero él siguió con la misma costumbre, y en ese instante ella lo agradecía.

En aquel barrio nuevo del extrarradio de Madrid, todo el mundo se marchaba a trabajar temprano y sólo había movimiento en las viviendas por las tardes o en las horas clave de entrada y salida de los colegios.

Las clases habían acabado por la tarde hacía una semana; la actividad se limitaba a ir al cole por la mañana, y el resto del día, al disfrute de las piscinas, parques y tiempo libre. Ella había avisado al colegio de que Quique no volvería más este curso porque sus vacaciones habían cambiado y se marchaban de viaje. Como por el trabajo de su marido ya había sucedido en otras ocasiones, a nadie le extrañó.

Guardó el equipaje en el coche, que estaba aparcado en el garaje para que el portero del edificio no los viera partir. No había cámaras de vigilancia, a pesar de que muchos vecinos, incluido su marido, insistían en ponerlas. Cogió de nuevo el ascensor y subió a su casa.

Abrió la puerta, esperando que el niño estuviese allí aguardando, pero no lo vio.

—¿Quique? —lo llamó avanzando por el pasillo para revisar habitación por habitación.

No contestaba.

Apresuró el paso. El perfume de Miguel lo delataba a kilómetros de distancia y allí no había ni rastro de él. Estaban solos. ¿Dónde se había metido el crío?

Respiró cuando lo encontró sentado en su cama, abrazando al peluche de Rubble.

Diana cogió aire.

Era muy triste tener que huir, pero, si seguían en aquella casa, las consecuencias serían muy graves.

—Cariño... —lo llamó en un susurro—, tenemos que irnos.

—Voy a echar de menos mi cama —declaró tocando el edredón con sus pequeñas manos—. No quiero irme de mi habitación.

La mujer se armó de valor. Era demasiado pequeño, tan sólo tenía seis años, como para comprender todo lo que estaba sucediendo a su alrededor, pero debían marcharse.

—Te prometo que volveremos —dijo con voz temblorosa—. Quique, te juro que volverás a tu habitación, que regresaremos a casa.

El niño la miró con una tímida sonrisa.

Si su mamá lo decía, así sería. Nunca le había mentido y siempre cumplía lo que prometía.

CAPÍTULO 1

Madrid, una hora después de la huida

Diana llegó al despacho de su abogado sin incidentes. Había conseguido su objetivo. Nadie los había visto marcharse.

Con la mano de Quique bien cogida con la suya, subió la escalera hasta la puerta de entrada.

Llamó al timbre mientras le sonreía al pequeño.

—Sólo serán unos minutos, lo prometo. Después nos iremos a ese sitio tan chulo del que te he hablado.

Quique asintió.

La puerta se abrió. Esteban estaba al otro lado.

Su cara era seria, pero al ver al chiquillo, la cambió por otra más amable.

—¡Hola, campeón! ¿Qué tal estás? ¿Ya has conseguido hacer el cubo de Rubik? —le preguntó dejándolos pasar mientras se cercioraba de que nadie los había visto llegar. Cerró la puerta tras de sí.

—Aún no —contestó el pequeño con gesto triste.

Esteban le revolvió el pelo con cariño.

—Lo vas a lograr. Sólo necesitas practicar un poco. ¿Te apetece intentarlo mientras hablo con mamá un momento allí dentro? —le propuso, sabiendo que, siempre que lo retaban a algo, él aceptaba.

El abogado arrugó el ceño al descubrir el golpe de la mejilla, pero no dijo nada. Tampoco lo tocó.

Como era de esperar, aceptó. Abrió su mochila de Spiderman para sacar el juguete y se puso manos a la obra.

El abogado cogió a Diana de la cintura y la metió en otra estancia; era su despacho.

—Enseguida salgo, cielo —le dijo ella antes de desaparecer, guiñándole un ojo.

El pequeño asintió tranquilo. Conocía muy bien a aquel hombre: era un gran amigo de su mamá y siempre se había sentido seguro con él y en aquel despacho.

Esteban entornó la puerta.

—¿Estás loca? No es el momento aún —susurró para que no pudiera oírlos.

—¿Has hecho lo que te he pedido? —le soltó sin contestar a su pregunta.

—Sí, claro que lo he hecho, pero no creo que sea buena idea. ¿Tú sabes en el lío que te puedes meter? ¿Por qué no has ido al hospital a por un parte de lesiones? Ésta no es la forma correcta de actuar, Diana. Así, no.

Ella era consciente de ello. Desde luego que lo sabía, pero ya no había otra solución.

—Si lo denuncio, me matará. Si me quedo, me pegará hasta que un día me mate o peor, que vuelva a golpear a Quique y le haga daño... No tengo otra salida.

—¿Has llamado al teléfono de atención a la mujer maltratada como te dije? —se interesó.

—Sí; tienen constancia de mi situación, pero no pueden ofrecerme una solución inmediata, y la necesito ya. Es el momento. Mi oportunidad.

Esteban la miró dolido. No quería ver a su amiga en esa situación. Ella se negaba a denunciar. Miguel la amenazaba constantemente con separarse y quitarle la custodia del niño, además de la insistencia que ponía en asegurarle que

nadie la creería y que sus compañeros lo apoyarían de forma incondicional.

El abogado no creía que el policía fuese capaz de nada de todo eso, lo que muchas veces lo había colocado en una tesitura odiosa... hasta llegar a ese momento tan complicado.

Diana lo sabía; conocía al tipo que tenía ante ella desde la niñez y por eso confiaba en él. En ese instante era el único hombre mayor de seis años en el que confiaba.

Lo abrazó sin previo aviso.

Él la envolvió entre sus brazos.

—Te echaré de menos —le susurró estrechándose contra él.

—Yo también —contestó dolido—. Ojalá los juzgados fuesen más rápidos y las leyes, más justas.

—Tú no eres la ley. No tienes la culpa. —Le quitó ese peso de encima. Bastante estaba haciendo encubriéndola—. ¿Has conseguido lo que necesito? —le preguntó. No tenían mucho más tiempo.

Esteban asintió, deshizo el abrazo con pesar y se acercó a la mesa que había tras ellos.

Sacó un sobre de un armario situado tras el escritorio.

—Ésta es la documentación que he podido conseguir. —Diana abrió mucho los ojos. ¿Cómo lo había hecho? Esteban vio la sorpresa en su rostro y se apresuró a hablar—. No preguntes —pidió, negando con la cabeza, porque sabía que lo haría—. A partir de ahora te llamas Ariadna Gutiérrez y Quique se llamará igual, sólo le he cambiado el apellido. Es demasiado pequeño como para entender y recordar un cambio así... —Los dos guardaron silencio unos segundos, mientras Diana se secaba las lágrimas.

—No sé cómo voy a pagarte esto —le dijo con un hilo de voz, observando los papeles—. Es más de lo que te había pedido.